



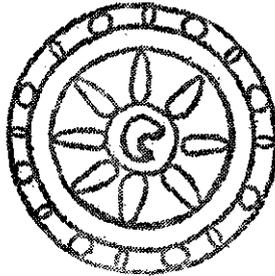
www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

HACIA EL IDEAL DE BOLÍVAR: LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

por

ALFONSO RUMAZO GONZÁLEZ



Venezuela

EL IDEAL de unión de la América Latina, tan vigorosamente impulsado por Simón Bolívar —“Para nosotros, la patria es la América”—, toma hoy el nombre de integración. ¿Tenemos algún fundamento real, para esperar que las naciones latinoamericanas se unan, se integren, según el profundo anhelo creativo del Libertador?

Una mensura de la historia de América Latina, desde el descubrimiento —siguiendo el método de los conjuntos—, nos advierte de que hállanse en ella lapsos enteros de integración positiva. Además, fuera de éstos, aparecen reiteradas expresiones generales que corresponden a ambiente propicio, a condiciones dadas, para una plasmación integracionista de estructuras definitivas.

Durante todo el lapso colonial, América Latina estuvo integrada, aunque sometida a dependencia; las posesiones de los imperios español y portugués constituían unidad político-económica, regida y vigilada desde Madrid o Lisboa mediante virreyes, gobernadores y capitanes generales. Era una trabazón impuesta, que englobaba lo cultural y que se mantenía aislada de toda otra forma que no fuese la monárquica peninsular.

Aquella organización, con éxito en el logro de la unidad de la lengua y de la religión, traía un fondo inestable, que luego se derrumbó. Tanto España como Portugal eran, en Europa, a la hora de la hazaña de Colón y de la empresa de Alvares Cabral, y después, países caídos en estancamiento.

El mundo ibero —escribe Leopoldo Zea— en lugar de marchar por las nuevas vías de la cultura occidental, se había afianzado a vías que no eran ya las seguidas por ese mundo. El mundo ibero no sólo se sabía al margen de la universalidad, sino sufría, además, las consecuencias naturales de esa marginación.

¡Iberia hacía de mujer de Lot! Puntualiza Américo Castro:

El ideal imperial de Carlos V, primero, y de Felipe II, después, ponen a España en una situación de atraso frente al resto de la Europa preburguesa e iluminista, en la cual comenzaban a dominar los imperios de Inglaterra y Francia, que estaban transformándose en Estados modernos, es decir en naciones, mientras España sigue siendo un atrasado imperio burocrático, católico y mercantil.

Comenta Alberto Filippi: “La conquista y colonización de América Latina pusieron de inmediato a todo el continente en una doble situación de marginalidad, frente a la historia y a la cultura europeas.”

Este fondo inestable, de deprimentes contrastes, produjo una crisis de alta potencialidad en el hombre americano. Al advertir éste la innovadora expresión pensante y cultural de los franceses, ingleses, alemanes, holandeses, quiso entrar en aquellos conocimientos; y penetró, a pesar de los esfuerzos de España y Portugal para impedir el contagio. El sapiente corrosivo llegó hasta los eclesiásticos, que eran los más impermeables. Hidalgo y Morelos, sacerdotes, se sublevaron; asimismo el salvadoreño José Matías Delgado, el venezolano José Félix Blanco, el mexicano fray Servando Teresa de Mier, sin temor a excomuniones. Iberia íntegra daba la impresión de una vieja arrinconada obsesivamente en un ayer caído en anquilosis; América, joven y rica, impaciente, dio el salto valeroso. Los lati-

noamericanos renunciaron a una Iberia anacrónica, y entraron en la insurrección.

Hubo un hombre eminente que descubrió, el primero entre todos, el momento histórico; que vio la gran crisis en que iba América: Francisco de Miranda. Será el iniciador de la tesis unionista americana. De veinte años viaja de su lar nativo Caracas a España, en cuyo ejército sirve por más de una década. Renuncia luego a esa nación, que ha sido la suya, y parte a los Estados Unidos, precisamente, el año 1783, en el cual nace Simón Bolívar y en el que se firma la paz de Versalles, en refrendación de la Independencia norteamericana. Conoce y trata a George Washington y demás generales de la guerra liberadora. Al cabo de casi dos años sale a recorrer, durante un lustro, los diferentes países de Europa; llega hasta la corte de Catalina de Rusia. Y, poseedor ya de una ingente nutrición de conocimientos y experiencias, descubre, palpa el inmenso contraste cultural del mundo occidental no ibérico, frente a lo que ha sucedido y sucede en América Latina desde dos siglos atrás.

Ya lleva, reciamente impregnada en el espíritu, la idea de que era indispensable, necesario, sublevar este Nuevo Mundo latino, para incorporarlo a la libertad y la civilización.

¡Treinta años pasan, a partir del momento en que el líder inicia su sino histórico; treinta años dedicados exclusivamente a incendiar el continente! Al término de ellos, el titán caerá prisionero y morirá en la cárcel española de Cádiz. Lo extraordinario estuvo en que no actuó de manera desarticulada, en método revolucionario violento y anárquico. Su planteamiento fue integrador. Advirtió que desunirse o actuar separadamente era fracasar, y alzó en armas a todos los pueblos hispanoamericanos, aprovechándose, como experto general —lo había sido en Valmy,

en Amberes, con tropas francesas—, de la debilidad de la Península, invadida por Napoleón.

La “ruptura colonial” empezó con Miranda y sus muchísimos seguidores, a través del tinglado de las logias masonicas, y mediante asidua correspondencia que difundía informes, manifiestos, copias de textos tan ardientes y deletéreos como las páginas del ex jesuita Viscardo. Fue estructurándose en toda Latinoamérica una trabazón de fuerzas, que un día estallarán, pero sin desarticularse. El grave defecto de esa conspiración gigante estuvo en que las logias, integradas por élites, no eran pueblo; no preparaban siquiera el ambiente social para la revolución. Pero aquellas entidades no podían actuar sino en el más estricto sigilo, dada la persecución de las autoridades y policía españolas; el peligro incluía la cárcel y la muerte; en ese rígido secretismo, mal podía intervenir la generalidad. Miranda, así, en treinta años elaboró solo el colosal fundamento; lo demás, habrán de hacerlo sus heroicos continuadores.

Invitado por Simón Bolívar —fue difícil convencerlo—, retorna a Venezuela en 1810, al cabo de cuatro décadas de ausencia. Viaja como un testigo, el mayor, de la sublevación política por él mismo desatada en todo punto de Hispanoamérica. El informe de López Méndez, su conterráneo, que se ha quedado en Londres, dice textualmente, dirigiéndose a la Junta de Gobierno de Caracas: “Miranda no solicita ninguna intervención en los asuntos públicos; él no quiere más que expirar con la satisfacción de haber visto amanecer en su patria el día de la libertad.” Su conciencia le avisa que debe entregar la tea olímpica a quien haya de tomarla en reemplazo, para llevarla al magno escenario de la guerra. No sabe todavía a quién se la dará. Pero, todo hombre es prisionero de su obra; además, en Venezuela los acontecimientos bélicos iniciales

se desarrollan de tal manera, que muy pronto se ve envuelto en la lucha armada; tiene que comandarla en persona, a sus sesenta y dos años, en un medio que desconoce casi por entero, o lo ha olvidado en mucha parte. Y le derrota el español Monteverde, ante quien capitula. Un traidor, Manuel María de las Casas, comandante militar de La Guaira, le entrega prisionero al enemigo, con el cual se halla en connivencia. Al término de cuatro años, terminará esa vida grande, el día aniversario de la toma de La Bastilla; ¡él, el hombre de la liberación!

La guerra de emancipación, que duró catorce años (1810-1824), constituyó una auténtica integración americana; fue una palpitante expresión de unidad, entendimiento, reto simultáneo, conjunto. La conspiración mirandina, formada poco a poco en tres décadas, ya había sido realidad integradora. Bolívar, San Martín, O'Higgins; Hidalgo, Morelos y Delgado; Artigas, Morazán y todos los demás "antihéroes hegelianos" (Zea), echaron a sus pueblos a la ardua batalla, muy sangrienta batalla, portadores de una única bandera: ¡por América! Por América unida en la emancipación. Las tropas de la Gran Colombia llegaron a Potosí y de ahí retornaron a sus lares, sin haber pedido nada ni retenido nada. Los soldados rioplatenses y chilenos fueron a desembocar en Lima, y asimismo regresaron a sus tierras, cumplida la única tarea de todos: independizar; eran su consigna y su honor de militares. Nada de conquista, ni de sometimiento, ni de empresa por ambición. Los héroes americanos todos fueron grandes hombres de sacrificio valeroso y totalmente generoso. Tal vez nunca como entonces el espíritu general pudo llamarse plenamente americano; hubo unidad, admirable unidad. Los batallones en Ayacucho, Maipo, Las Piedras, combatieron por un noble propósito, que en todos era el mismo, y no por propósitos de logro territo-

rial allí donde se sacrificaban. No hubo varias guerras de emancipación en América Latina, sino varios jefes y varios contingentes de una única magna hazaña. Los dos capitanes mayores, Bolívar y San Martín, se encontraron en Guayaquil; se abrazaron como dos viejos amigos, y lo hicieron el mismo año en que el Brasil se libertaba también, con Pedro I como emperador constitucional.

Junto a los líderes eminentes, álzase otro integralista esencial: Francisco de Morazán. En su titánico empeño unionista, alcanzó el honor de ser sacrificado. Por él, las naciones centroamericanas se mantuvieron en un único haz durante una década. Era Morazán casi de la misma edad que el mariscal Sucre y, como él, pereció fiel a su dimensión creadora.

En el seno mismo de aquella fragua ignea crepitante de combates, cuando entraba en plenitud el desgarramiento bélico, apareció el continuador de Miranda: Bolívar. Leyó muy claramente en el porvenir, y quiso poner en salvación, a tiempo, el hecho integrado americano. Comenzó por crear la Gran Colombia, destinada a establecer equilibrio y armonía político-económica entre las dos Américas. Y a Iturbide le decía, a los dos años:

Hago votos porque México y Colombia se presenten asidas de la mano y, aún más, del corazón. En la desgracia la suerte nos unió; el valor nos ha unido en los designios, y la naturaleza desde la eternidad nos dio un mismo ser, para que fuésemos hermanos.

A O'Higgins hablábale de una confederación, lo mismo que a San Martín. El alarde mayor, en este orden de planes hacia el porvenir, fue la reunión del Congreso Anfictionico de Panamá, en 1826, con representates de varias naciones americanas; aquel Congreso, que debió proseguir en Tacubaya, fue una gigantesca siembra de concien-

cia unionista, una forja de convicciones. El historiógrafo argentino Bartolomé Mitre escribió (en *Historia de San Martín*):

Un ensueño suele ser el hilo de la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fue la unificación de la América meridional. De ese ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar y llevar sus armas triunfantes por todo el Continente, como Alejandro al través del Asia. Su primera intuición fue la creación del imperio colombiano. La segunda visión fue el establecimiento de una confederación suramericana sobre la base de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios, a la manera de la Liga Aquea en la Grecia.

La dependencia americana de España y de Portugal, en el lapso colonial, lo mismo que en los años inmediatamente posteriores a la ruptura, tanto de Francia como de Inglaterra, fueron inevitables. No podía suceder de manera diferente. Francia e Inglaterra, con sus muy avanzadas culturas, formaron el pensamiento de los libertadores; sobre todo de Miranda y de Bolívar. Asimismo, nadie habría conseguido atajar la continuación de una parte de lo estrictamente colonial dentro de la República, como lo señalaba José Martí. Todos estos factores, con otros, incluida la guerra libertaria, produjeron un cambio de espíritu, además de la presión de las innovadoras formas político-administrativas. Empezó a gestarse la desmembración, que luego se expresó en dos formas muy dignas de considerarse: la presencia del caudillo, originalidad americana; y la desviación de los ejércitos libertadores hacia la política. El caudillo se hacía el intérprete de los sistemas que podían convenir a la región; en realidad, aplicaba sus procedimientos arbitrarios, sin considerar el requerimiento de la generalidad. En cuanto a los militares, una vez finalizada la emancipación, se convirtieron

de libertadores en opresores y beneficiarios. Se distribuyeron el botín. ¡La Gran Colombia se la repartieron tres generales!

Cuando el Libertador decía:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, una costumbre y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse,

ya había previsto que se formarían varios o muchos Estados. Asimismo, previó la casi imposibilidad de la unión, al menos en aquellos tiempos. Añadió: “Esto no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América.”

Vistos los procesos integracionistas plenos, el del colonialismo y el de la emancipación americana, cabe entrar a observar con detenimiento y voluntad de comprensión, el lapso que viene de la independencia hacia acá, constituidas ya todas las Repúblicas. Marc Bloch aspiraba a que, al revisar la historia, se tuviese la pasión de comprender. En la amplia trayectoria republicana hay elementos complementarios sustanciales, que corresponden a determinadas generalizaciones en que se perciben intereses comunes, ambientes, base propicia para la labra de integración. Nos disgregamos después de la guerra continental, pero a la vez se erigieron unas cuantas realidades de claro sentido aglutinador, que pueden y deben aprovecharse. Son hechos, o corrientes, o propósitos que no encajan en un único país determinado; se amplían, como si prescindieran de fronteras; marchar con nervio propio, volviéndose estrictamente americanos, y no meramente mexicanos, o argentinos, o colombianos.

Uno de esos hechos generalizantes, en cuyo fondo actúa un entendimiento de tipo interestatal, es la presencia de las agrupaciones políticas liberales o conservadoras, principalmente en el diecinueve. Un conservador o un liberal son iguales en Costa Rica, el Ecuador, Chile, el Brasil, la antigua Cuba o Bolivia. Rige interiormente una similitud; el nexa doctrinario y de conducta político-social significa que, a través de los partidos nuestros pueblos pueden entenderse en algo, en mucho. Los liberales de Colombia se unieron a los del Ecuador, a comienzos del veinte, para tratar de derrocar a los conservadores. Hacia el último cuarto del diecinueve, Eloy Alfaro, caudillo liberal, planeó con los liberales de Colombia y de Venezuela una reestructuración de la Gran Colombia. El gobierno venezolano del general Crespo recibió en Caracas al general Alfaro, para los planteamientos del caso. El proyecto fracasó, pero hubo el entendimiento. Si en el siglo pasado hubiese tenido nuestra América las facilidades de comunicación actuales, habríanse convocado reuniones conservadoras o liberales, con delegados de varias repúblicas, como se hace hoy con los social-demócratas, los demócrata-cristianos o los socialistas.

Podría señalarse, asimismo, otro sistema de general entendimiento americano: la presencia de los sistemas federalista y centralista, cuya aceptación o rechazo, según el momento o la región, comenzó en los propios días del conflicto armado. Hay que recordar las palabras de suma energía empleadas por Bolívar para condenar el federalismo durante la guerra, y aun inmediatamente después. La Constitución venezolana de 1811, sin embargo, se declaró federalista, con las salvedades que a ella le puso Miranda, al firmarla. En México tuvieron que ver directamente con esa discusión Santa Anna y fray Servando Teresa de Mier. En el Río de la Plata y otros sectores, la

pugnacidad de las dos tendencias degeneró en violencia; la llamada Guerra Federal duró en Venezuela cinco años. Al estudiar el pensamiento político de la emancipación, José Luis Romero señala que en Chile difundió los principios federalistas Camilo Henríquez; en el Uruguay, Artigas; en la Nueva Granada, Camilo Torres (el viejo); y en el Paraguay el propio Francia, contra Buenos Aires. Los unionistas prominentes, según ese estudio, son Bolívar, Moreno, Nariño, Monteagudo. Federalistas y unionistas hubieran podido juntarse, los de un país con los de otro, y se hubiesen sentido fraternos, copartidarios, hasta compañeros. La doctrina o el ideal les volvía vital acervo. O sea que, por esta circunstancia, mostrábase una manera de entendimiento unificante digna de tomarse en consideración, como correspondiente a una conciencia de nexos. Como en el caso de los partidos políticos liberal y conservador, los federalistas y unionistas de una nación pensaban igual que los de otra; eran capas pensantes que, de haber sido necesario, se habrían unido sin problemas. Sentían profundamente, en su corriente, el rumbo integrador, aunque no tuvieran real percepción de ello.

Recuérdese, de paso, que los propósitos monárquicos quedaron derrotados, sepultados, en toda la América. Los dos símbolos de ese fracaso fueron Iturbide y Maximiliano. Más tarde, lo será también Pedro II del Brasil (1889), que morirá en el destierro, a sólo dos años de proclamada la República.

Otro punto de sentido americano compenetrativo, es el de la actitud de nuestros pueblos frente a una amenaza bélica exterior. Por ejemplo, fue un hecho determinante de solidaridad, la reacción americana ante la toma de las islas guaneras de Chíncha, en 1864, por una escuadrilla española que se hallaba en aguas de Valparaíso. Ante la agresión, se produjo inmediatamente una alianza del

Perú, Chile, El Ecuador y Bolivia, para repeler la audacia de los marinos españoles, que llegaron a bombardear el puerto del Callao. Al final, la flota tuvo que reemprender viaje a su lar europeo. Los espíritus se integraron ante la amenaza y el ataque, fundiéndose valerosa y sinceramente. Un caso relativamente parecido habíase presentado dieciocho años antes (1846), en el intento de reconquista española de la república de El Ecuador, por el general venezolano Juan José Flores, que se aprovechó de las aspiraciones de la reina española María Cristina en favor de su hijo Juan, a quien se le ofrecía el trono ecuatoriano. El edecán de Flores, coronel Ricardo White, compró tres buques en Inglaterra, y la expedición fue preparada en la provincia hispana de Santander. América del Sur protestó y se solidarizó con El Ecuador para repeler el intento español-floreano, que fracasó al ordenar Inglaterra la confiscación de los buques. También podría recordarse el acto de bloqueo de Venezuela, ordenado por Alemania, Inglaterra e Italia, para exigir el pago de deudas; Puerto Cabello fue bombardeado. Irguiéronse los países latino-americanos contra esta extremada audacia europea; y el canciller argentino Luis María Drago creó esos mismos días —comienzos del siglo actual— la Doctrina que lleva su nombre, de esencia estrictamente integracionista. (La Segunda Conferencia de La Haya, la adoptó con ligeras modificaciones.) Expresa que “la deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia exterior.” Era el espíritu de Bolívar el que se hallaba presente. En la cláusula décima del proyecto de Tratado, en el Congreso de Panamá de 1826, se decía: “En caso de ser acometido algún Estado confederado, sea por España o por alguna otra nación, las Repúblicas aliadas concurrirán con su respectivo contingente.”

También en la rebeldía interna hemos sido relativamente unánimes de criterio, por igualdad de reacción, de esperanza, de fe en la ley. En nuestras repúblicas zaran-deadas constantemente por los golpes de Estado y por los asaltos caudillistas, esa rebeldía ha desembocado, cada vez, en la redacción de una nueva Constitución. En este punto, todas nuestras naciones han tenido el mismo propósito: acudir a la ley constitucional, para ver de redimirse. Tal compenetración espontánea de criterios, con una persistencia de décadas, prueba que los latinoamericanos tenemos, al menos en unos cuantos asuntos, ideas que se parecen entre sí y propósitos que se coordinan; lo cual implica, fundamentalmente, un pensamiento unitario. En otros continentes no sucede eso. No puede atribuirse la solución de los problemas mayores de un país a un cambio de Constitución; pero este ánimo legalista nuestro condena dictaduras, aplasta caudillismos y se opone, en suma, a la violación de la libertad ciudadana. Hay en ello, por tanto, un germen fecundo de brote integrador. A la larga, el latinoamericano confía en la ley, no en el golpe de Estado.

Quizás el elemento más potentemente creador del nuevo espacio cultural ensamblador ha sido el mestizaje. El ser mestizo es condición que acentúa la certeza valiosa de saberse americano. El señalamiento de Bolívar al Congreso de Angostura fue definidor:

La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia... No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles.

Esta captación realista, en que todos coincidimos, nos dice que:

no nos sentimos hijos legítimos de la cultura europea; nuestra manera de pensar, nuestras creencias, nuestra concepción del mundo, son europeas; sin embargo, a pesar de que son nuestras, las sentimos ajenas y no podemos adaptarnos a ellas (Zea).

Al viajar por España, tenemos una vivencia oblicua: no les sentimos a los españoles gentes de nuestra familia; nuestro único nexo viene a ser el idioma; no las costumbres, no la mentalidad; nos sentimos más amplios, más flexibles, más permeables a la cultura internacional. Simón Rodríguez, en su original *Sociedades americanas*, escribe no sin mordacidad:

Los hijos de los españoles en América —o de los portugueses, podría añadirse—, se parecen muy poco a sus padres; la lengua, los tribunales y los templos engañan al viajero; no es España, aunque se hable español, aunque las leyes y las creencias religiosas sean las mismas que trajo la conquista. Si la América no se parece a España, ¿a quién se parecerá? La lengua, los tribunales, los templos y las guitarras engañan al viajero: se habla, se pleitea, se reza y se tañe, a la española; pero, ¡no como en España!

Está la sutil y determinante distancia; ésta, una de las aclaraciones del mestizaje.

En sí, la gigante mezcla étnica americana constituye originalidad, y habrá de fundar su propio rostro creativo. El maestro de Bolívar, al diseñar la educación republicana, expresa con obsesiva insistencia:

La América no debe imitar servilmente, sino ser original. La América Española es original; originales han de ser sus instituciones y su gobierno, y originales los medios de fundar uno y otro. O inventamos, o erramos.

La mayor autenticidad americana señalase en el mestizaje, que no tiene el Viejo Mundo. José Vasconcelos escribió para la Universidad Autónoma de México, este lema: "Por mi raza hablará el espíritu." La raza de las mezclas, la distinta, la que podrá cumplir en pleno la sentencia de Bolívar: "Unidad debe ser nuestra divisa."

[*Caracas, agosto de 1983*]